

EL MUNDO NO SE ESTÁ ACABANDO

Aramis Latchinián (2009): *Globotomía. Del ambientalismo mediático a la burocracia ambiental*. Punto Cero Ediciones.

RAFAEL OSÍO CABRICES

Periodista, autor de *Salitre en el corazón*, sobre Cuba, y *El horizonte encendido*, sobre la democracia latinoamericana.

Cuando el biólogo y técnico ambiental uruguayo Aramis Latchinián estaba terminando de redactar su libro *Globotomía. Del ambientalismo mediático a la burocracia ambiental*, se encontraba en el balneario mexicano de Cancún, pocas semanas después de que se anunciara en México el estallido de la pandemia del virus luego conocido como AH1N1. Las calles estaban desiertas por decisión gubernamental.

Latchinián, que en el mismo libro explica cómo la humanidad ha ido asumiendo el consenso de que una inmensa catástrofe ambiental está a punto de barrerla del mapa, decidió entonces añadir al manuscrito que lo que iba a pasar en los siguientes meses demostraría el modo en que ciertos actores construyen una percepción del riesgo y producen una bola de nieve de pánico injustificado.

Escribió que los medios habían generado un miedo enorme en la población y en el gobierno, que los organismos multilaterales ya habían prometido una fortuna en ayuda y que la economía iba a irse a pique por los efectos de las medidas profilácticas. «Se trata de una enfermedad verdaderamente menor, con una morbilidad y una mortalidad inferior que varias de las enfermedades endémicas en el contexto desastroso del sistema sanitario mexicano, incluyendo la gripe común», dice la página 247 del libro publicado en Caracas, primero que en Montevideo y Buenos Aires, a finales de 2009. «Pero los medios globales de comunicación se encargaron de fabricar y difundir eficientemente el terror. Al hacer *zapping* por los informativos televisivos de las últimas semanas, México lideraba el *rating* con imágenes de millones de transeúntes con cubre bocas, hospitales abarrotados y personas muertas. El presidente Felipe Calderón no podía hacer oídos sordos al clamor mundial así que, con bastante independencia de la realidad de su país pero muy inserto en el concierto internacional, decretó la

suspensión del dictado de clases en todo el sistema educativo, el cierre de oficinas públicas, la detención del transporte colectivo... paralizó el país (...) Dentro de algunos meses este problema será olvidado, será sustituido por otro riesgo inminente, y las consecuencias de la Globotomía las pagarán las comunidades locales, en este caso mexicanas».

En efecto, el impacto económico de la amenaza que al principio se proyectaba sobre la «gripe porcina» fue mayor que el de una presunta epidemia pavorosa que en al final no mató más gente que muchas enfermedades comunes. Varios meses más tarde del viaje de Latchinián a Cancún, y luego de que el virus dejara unos cuantos cientos de víctimas en países como Argentina, la OMS declaró que ya no era una pandemia.

Latchinián había predicho ese desenlace al hablar, en el resto del libro, de cómo el ambientalismo y la burocracia ambiental (las grandes y pequeñas ONG, sus aliados en los medios y las agencias como el PNUMA, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente) han difundido por el mundo la noticia (para él, falsa) de que el planeta está por vivir una catástrofe que puede acabar con nuestra especie y con muchas más. Latchinián alega que el cambio climático no es del todo culpa de la actividad humana, que no hay pruebas que muestren la verdadera magnitud de la tasa de extinción y hasta qué punto puede ser culpa nuestra, y que aunque hay inmensos problemas ambientales, el modo en que se habla de ellos y se promueve su solución tiende a ser, en la mayoría de los casos, catastrófico pero estéril, puesto que las soluciones viables son locales, no globales, y que el anuncio del Armagedón sólo sirve para mantener las audiencias de ciertas instituciones y personalidades que viven de eso.

El mundo, sostiene este autor, ha sido sometido a una especie de lobotomía para suspender el raciocinio y la sen-

satez en nombre de una súbita sensibilidad conservacionista que culpa al progreso económico de todos los males de la Tierra y exhorta a cambiar de inmediato nuestra forma de vida si queremos seguir existiendo. «Los problemas ambientales globales se han convertido en profecías catastróficas que como tales no requieren mayores constataciones científicas y que, en los hechos, terminan siendo poco más que un tópico para amenizar reuniones», advierte. «Los datos científicos evidencian que la situación ambiental del planeta no es tan mala como se la presenta y en algunos aspectos tiende a mejorar. Sin embargo la percepción de la gran mayoría de la población es la contraria, es de múltiples desastres ambientales en curso o inminentes, y esta percepción falsa se alimenta desde organizaciones ambientalistas multinacionales, desde una enorme burocracia ambiental internacional, desde gobiernos y sectores académicos, que a esta altura dependen de estos desastres ambientales para su propia supervivencia. A esta suerte de esquizofrenia ambiental de escala planetaria hemos llamado Globotomía».

Latchinián se vino a Venezuela en los años setenta, cuando su familia debió huir de la dictadura, y se crió en Maracaibo. Ya graduado en Oceanografía Biológica trabajó de nuevo en el Zulia y ha mantenido el contacto con Venezuela. Fue director de Ambiente de Uruguay —el equivalente a ministro del Ambiente en Venezuela— durante el último gobierno de Jorge Batlle, y dirigió el complejo industrial de la estatal energética ANCAP hasta hace poco, en la administración de Tabaré Vázquez y al comienzo de la de Pepe Mujica. Es socio de una consultora ambiental de Montevideo que hace mediciones de impacto. Así que conoce tanto el lado técnico como el político de la gestión ambiental y tiene auténtica experiencia en el terreno, además en uno de los países con mejor desempeño ambiental de las Américas, donde la mayor

reseña

contribución al efecto invernadero es el gas emitido por la descomposición de la bosta del ganado (Uruguay tiene unas cuatro cabezas de ganado por cada uno de sus tres millones de habitantes).

De manera que no es un hombre en contra del ambientalismo ni mucho menos uno de esos que niegan la mera existencia del cambio climático y atribuyen los esfuerzos que se hacen a una conspiración comunista o judía para sacarle más impuestos a la gente o impedir el crecimiento económico, o un intento de la ONU por restar soberanía a Estados Unidos o el Reino Unido. Sí desconfiaba de la moda verde y no parece tener ningún problema en recordar que Al Gore no hizo nada trascendente por el ambiente mientras fue vicepresidente de Estados Unidos y que en su gira para advertir sobre los riesgos del cambio climático contribuyó a producir unas cuantas emisiones de gases de efecto invernadero en sus numerosos viajes por avión.

Él no niega que haya un cambio climático en marcha, pero sí cuestiona que haya sido provocado por completo por la actividad humana, pues considera que no hay suficientes pruebas que lo comprueben. Dice que, por supuesto, hay factores antrópicos —de origen humano— en el problema, pero que el planeta ha ido alternando ciclos de enfriamiento y calentamiento. En todo caso, el problema lo tenemos nosotros, no el planeta. No es el mundo lo que se está acabando, sino la garantía de la supervivencia de nuestra especie. Cosa que, añade Latchinián, no es del todo negativa para la Tierra, a la que no le vendría mal deshacerse de una especie que produce tantas perturbaciones en los entornos que ocupa, y en los que no. «Decididamente debemos ser menos narcisistas en la búsqueda del origen de los problemas ambientales, y si de modo sincero pretendemos encontrar causas antrópicas de carácter global, antes que el uso de las lámparas de bajo consumo o andar

más en bicicleta podemos empezar por las guerras petroleras o la deuda de los países pobres. Esas sí son causas antrópicas de problemas globales».

Globotomía explica cómo se construyó el discurso ambiental, desde los años sesenta hasta el informe del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, a través de libros, informes científicos y cumbres intergubernamentales. Es un ensayo que espera hacernos considerar un determinado punto de vista, pero se sostiene en citas y en datos precisos, no en meras especulaciones. Hace una fuerte crítica del ambientalismo globalizado y de cómo los gobiernos han ido haciéndose eco de sus sombrías admoniciones porque han aprendido que pueden serles útiles.

Los gobiernos, advierte Latchinián, manipulan la percepción del riesgo para

Los gobiernos, advierte Latchinián, manipulan la percepción del riesgo para por ejemplo usar al cambio climático como chivo expiatorio, como hemos visto en Venezuela a propósito de los desastres de las lluvias o la crisis energética

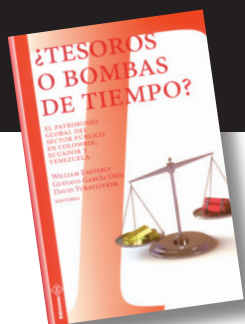
por ejemplo usar al cambio climático como chivo expiatorio, como hemos visto en Venezuela a propósito de los desastres de las lluvias o la crisis energética. Los ciudadanos suelen tomar decisiones equivocadas llevadas por el miedo que les produce un derrame de petróleo, que puede ser a la larga mucho menos dañino que el mucho menos «televisable» vertido de aguas cloacales en el mar, y de eso se aprovechan los responsables de la gestión ambiental para evadir responsabilidades. Uno de los servicios más valiosos de *Globotomía* es el trabajo que se toma Latchinián para explicarle al lector cómo se producen los miedos y cómo tienen consecuencias que dejan muy mal parada la supuesta racionalidad de las sociedades mejor informadas. Por ejemplo, la tenaz negativa a la instalación de las centrales nucleares, la forma más limpia de producir energía, que bien manejada —no como en Chernobyl— no representa peligro alguno.

Otro asunto que no olvida tocar es el constante anuncio de la extinción de muchas especies y de una oleada de extinción masiva parecida a la que causó la desaparición de los grandes dinosaurios, 65 millones de años atrás, cuando un meteoro se estrelló en Yucatán. Habla de cómo ciertas especies están simplemente condenadas por la naturaleza a sucumbir hagamos lo que hagamos; el encantador panda que usa como símbolo una de las principales ONG conservacionistas del mundo, la WWF, es un ejemplo de eso.

Algo en lo que el autor de *Globotomía* hace mucho énfasis es en la pertinencia del discurso ambientalista que baja desde las ONG y las multilaterales del llamado primer mundo frente a la disparidad global en el uso de los recursos naturales. No hay duda de que

Latchinián está del lado de los delegados indios o brasileros que en las últimas cumbres ambientales en Cancún y Copenhague se han negado a suscribir compromisos de reducción de emisiones sobre el argumento de que ahora que los países más industrializados contaminaron todo lo que querían por tres siglos, pretenden impedir el desarrollo económico de los países rezagados.

Pero Latchinián es un técnico, y en su libro aprovecha para plantear la crisis de su oficio, así como para explicar cómo algunos Estados han tomado medidas correctas para enfrentar mejor los problemas ambientales. La solución es atender los problemas ambientales con buena gestión y a escala local, no global. Este libro permite calmarse y revisar las cosas. Y como pocas cosas que uno puede leer hoy, le da una oportunidad, bien sustentada, al optimismo. ■



¿TESOROS O BOMBAS DE TIEMPO?

WILLIAM EASTERLY, GUSTAVO GARCÍA OSÍO Y DAVID YURAVLIVKER

Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Colombia, Ecuador y Venezuela comparten una historia común. Sin embargo, con el paso del tiempo han ido perfilando sus propias tendencias ideológicas y de interacción con la comunidad internacional. En este libro, tres reputados académicos estudian, a la luz de un novedoso enfoque conceptual, el desempeño macroeconómico y financiero de estas tres naciones democráticas entre los años 1980 y 2000. Las lecciones extraídas, dada su inquietante relevancia, son de obligatoria lectura.